

Pierre, me atrevo á prometeros una buena noche.—Bueno, dijo suspirando Petit-Pierre, pues os confieso que las terribles emociones de hoy me han dejado mal recobrada de las fatigas de anoche.

Dichas apenas esas palabras, saltó al camino un hombre, que agarrando por el cuello á Petit-Pierre le dijo con voz tonante:

—¡Alto! ¡ú os mato!

Lanzóse Michel al auxilio de su amigo asestando á la cabeza del agresor un recio golpe con el puño de plomo de su látigo; pero por poco paga caro su generoso auxilio, pues sin soltar el otro á Petit-Pierre, á quien sujetaba con la mano izquierda, sacó una pistola y la disparó contra el barón. Felizmente para éste, como á pesar de la debilidad de Petit-Pierre no estaba éste tan quieto como el agresor hubiera deseado, en cuanto vió el movimiento desvió tan á tiempo el brazo que apuntaba al corazón del baroncito, que la bala sólo le rozó el hombro. Volvía Michel á la carga y el agresor sacaba otra pistola del cinto, cuando salieron de los matorrales otros dos hombres que cogieron al barón por las espaldas. Viéndole entonces su contrario en la imposibilidad de atacarle, dijo á sus auxiliares:

—Atad á ese perillán, y luego me desembarazaréis de éste.—¿Con qué derecho nos prendéis? preguntó Petit-Pierre.—Con éste, respondió el hombre señalando la carabina que llevaba á la bandolera. La razón vais á saberla dentro de pocos momentos. Atad bien al del látigo; en cuanto á éste, añadió mirando desdenosamente á Petit-Pierre, no creo que nos cueste mucho hacerle seguir.—¿Adónde nos lleváis? preguntó Petit-Pierre.—¡Curiosillo sois, mancebo! —¿Adónde?...—¡Ea! en marcha y menos palabras, ¡voto á brios! Si tanto empeño tenéis en saberlo, luego lo veréis.

Y cogiendo el brazo de Petit-Pierre bajo el suyo inter-nóse en la espesura, á donde le siguieron los dos acólitos que empujaban á Michel, quien todavía forcejaba; y así anduvieron hasta que á los diez minutos llegaron á la calva donde se hallaba la gazapera de maese Jaime, quien, para cumplir lealmente la promesa hecha á Poca-Alegría, había cogido á los dos primeros caminantes que encontró, siendo su pistolotazo el que había puesto en alarma el campo de los desertores, según hemos visto en uno de los anteriores capítulos.

III

DÓNDE SE VE QUE NO TODOS LOS JUDÍOS SON DE JERUSALÉN,
NI DE TÚNEZ TODOS LOS TURCOS

—¡Hola, conejos! gritó Jaime al llegar al claro.

Obedientes á la voz de su jefe salieron los conejos de los matorrales donde se ocultaban á la primera señal de alarma, y en cuanto se lo permitió la oscuridad, examinaron cuidadosamente á los dos prisioneros.

Mas como esta inspección hecha á oscuras no podía satisfacerles, un hombre de la tropa bajó á la cueva, encendió dos teas, y volvió para alumbrar el rostro de Petit-Pierre y su compañero. Maese Jaime había vuelto á sentarse en el tronco y hablaba tranquilamente con Alain refiriéndole los pormenores de la presa que acababa de hacer, con la misma llaneza con que hubiera relatado un aldeano á su mujer los de una compra hecha en el mercado.

Desazonado Michel por la aventura y la herida que acababa de recibir, habíase tendido sobre la yerba, mientras Petit-Pierre, de pié á su lado, examinaba atento y no sin repugnancia el aspecto de los bandoleros á quienes maese Jaime llamaba conejos, lo cual le era tanto más fácil, cuanto que satisfecha ya la curiosidad de aquellos, habían vuelto á sus interrumpidas tareas, esto es, á sus cantares y juegos, á dormir ó limpiar las armas, sin que por eso los despiertos perdieran de vista á los dos prisioneros, á quienes para mayor seguridad habían colocado en medio del raso. Quitando entonces Petit-Pierre los ojos de los bandidos para ponerlos en su compañero, vió la sangre que le corría por el brazo y mano, y exclamó:

—¡Cielos! ¿estáis herido?—Creo que sí, señ...—Petit-Pierre, ¡vágame Dios! Petit-Pierre hasta nueva orden y ahora más que nunca. ¿Sufris mucho?—No; me ha parecido

que me daban un porrazo en el hombro, y luego he quedado con el brazo entumecido.—¿No podéis moverlo?—¡Oh! ved como no tengo ningún hueso lisiado.

Y movió fácilmente el brazo.

—Hé aquí lo que os conquistará el corazón de vuestra amada; y si no basta vuestro noble comportamiento, os prometo interponer mi mediación, lisonjeándome de que mi influencia será eficaz.—¡Cuán bondadosa sois!—Bondadoso, y no bondadosa. No lo olvidéis, desdichado.—Sí, Petit-Pierre, y creed que después de tal promesa, aunque hubiese de tomar yo solo una batería de cien cañones, atacaría el reducto sin pestañear. ¡Ah! si os dignaseis hablar al marqués de Souday, sería el más feliz de los mortales.—No gesticuléis de ese modo si queréis que se restañe la sangre. ¡Ah! ¡con que el marqués es quien más os intimida! pues bien, yo hablaré cuatro palabritas al temible marqués, á fe de... Petit-Pierre. Mas ya que nos dejan en paz, hablemos de nuestros asuntos. ¿En dónde nos hallamos? ¿Qué gente es esta?—Chuanes, según creo.—¿Y los chuanes detienen á los viajeros inofensivos? Es imposible.—Sin embargo, no sería la primera vez...—¡Oh!—Y si nó, mucho me temo que hoy lo sea.—¿Qué harán con nosotros?—Pronto lo sabremos, pues veo que se mueven sin duda para hacernos el honor de ocuparse de nosotros.—¡Sería de ver, dijo Petit-Pierre, que el peligro me viniese de mis parciales! En todo caso, ¡chico!

No se equivocó el barón, pues habiendo maese Jaime conferenciado un rato con Poca-Alegría y algunos individuos de la partida, mandó conducir á los presos á su presencia. Petit-Pierre avanzó resuelto hacia el capitán de la cuadrilla; Michel no obedeció tan pronto, pues herido y maniatado, apenas podía incorporarse, y viéndole Poca-Alegría hizo una seña á Polilla, quien levantó al mancebo como si fuese un niño de tres años y púsole delante de maese Jaime en idéntica postura á la en que le había encontrado, empujando adelante con fuerza las extremidades inferiores de Michel, y dando una sacudida al centro de gravedad antes de dejar el cuerpo en el suelo.—¡Bestia! exclamó Michel, á quien el dolor hizo perder su acostumbrada timidez.—Poco cortés sois, dijo maese Jaime; repito que no sois cortés, señor barón de la Logerie, pues la acción de ese buen muchacho merecía otra recompensa; mas dejemos eso aparte y

vayamos al grano. No me equivoqué, añadió mirando de hito en hito al mozo, sois el señor Michel de la Logerie, ¿no es verdad?—Sí, contestó éste.—Está bien. ¿Qué tenéis que hacer en la selva de Touvain á semejante hora?—Podría contestaros que ninguna cuenta tengo que daros de mis acciones, y que los caminos son libres.—No responderéis tal cosa, señor barón.—¿Por qué?—Porque, sin ánimo de ofenderos, responderíais una necedad, y tenéis mucho juicio para ello.—¿Cómo?—Es claro; pues si no tuvieseis que darme alguna cuenta, nada os preguntaría, y bien veis que los caminos no son libres, pues no habéis podido seguir el vuestro.—Corriente; no discutiré con vos. Iba á mi cortijo de la Bouleuvre que como sabéis se halla á un extremo de la selva de Touvain.—Enhorabuena, señor barón; habladme siempre así, y no reñiremos. ¿Cómo se explica que teniendo el señor barón de la Logerie tantos caballos y tan buenos carruajes vaya á pie como un gañán?—Teníamos un caballo; pero al caernos se nos ha escapado y no hemos podido alcanzarle.—Bien, bien. Ahora espero que el señor barón tendrá la amabilidad de darnos algunas noticias.—¿Yo?—Sí. ¿Qué pasa por allá?—¿En qué puede interesaros lo que pasa entre nosotros? preguntó Michel, pues no sabiendo todavía con quién trataba, ignoraba en qué sentido debía contestar.—Hablad, señor barón, replicó maese Jaime, y no os cuidéis de lo que puede serme útil ó indiferente. Veamos, tratad de recordarlo: ¿qué habéis encontrado en el camino?

Michel miró perplejo á Petit-Pierre, y notándolo maese Jaime, mandó á Polilla que se interpusiera entre los dos presos como la muralla del *Sueño de una noche de verano*.

—Hemos encontrado, prosiguió Michel, lo que hace tres días se encuentra á todas horas y en todos los caminos de los alrededores de Machecul: soldados.—¿Os han hablado?—Nó.—¿Cómo? ¿Os han dejado pasar sin decirnos palabra?—Como viajamos por nuestros asuntos particulares, no nos convenia inmiscuirnos á pesar nuestro en los que no nos incumben.—¿Y quién es el muchacho que os acompaña?

Petit-Pierre se apresuró á contestar antes que Michel, diciendo:

—Soy el criado del señor barón.—¿De veras? replicó maese Jaime, pues permitid que os diga, amigo mío, que sois muy *mal criado*, y á pesar de ser un rústico, me re-

pugna que un criado conteste por su amo, sobre todo cuando no se le pregunta.

Y dirigiéndose á Michel, añadió:

—¿Es decir que ese muchacho es vuestro criado? ¡Guapo mozo, á fe mía!

Y el jefe de la pandilla miró con grande atención á Petit-Pierre, en tanto que un bandido le acercaba una tea al rostro para facilitar el examen.

—Acabemos de una vez, exclamó Michel. Si queréis mi bolsa, tomadla y soltadnos. — ¡Voto á bríos! respondió maese Jaime, si fuese hidalgo como vos, os pediría satisfacción de tamaña ofensa. ¿Nos tomáis acaso por salteadores? De veras me ofendéis, señor barón, y si no fuese por el temor de desagradaros, os revelaría mis títulos; pero vos sois extraño á la política. No así vuestro padre, á quien tuve el gusto de conocer algún tanto, y por cierto que medró. Confieso que os tenía por adicto servidor de S. M. el rey Luís Felipe. — Os habrais equivocado, respondió muy irreverente Petit-Pierre; el señor barón es por el contrario uno de los más ardientes partidarios de Enrique V. — ¿De veras, mozo?

Y volviéndose Jaime á Michel, dijo:

—Veamos, señor barón, ¿es cierto lo que acaba de decirme vuestro compañero, digo mal, vuestro criado? — Es la pura verdad. — Alégrome infinito. ¡Y yo que creía haberme las con blancos furibundos! ¡Cuánto me pesa de haberos tratado tan mal! ¡Cuántas satisfacciones os debo, cuántos perdones he de pedirós! ¡Perdón mil veces, señor barón, y vos también, fiel y apreciable criado! Dadme ambos la mano, ambos, que no soy vanidoso. — ¡Qué diantre! prorrumpió Michel cuyo mal humor crecía al ver la socarrona corteja de Jaime; manifestadnos vuestra pesadumbre volviéndonos al paraje donde nos habéis detenido. — De ninguna manera; no permitiré que nos dejéis de este modo; á más de que dos legitimistas como nosotros, señor barón, deben hablar juntos de la gran cuestión del levantamiento. ¿No sois de este parecer, señor barón? — Concedido; pero el interés de esta misma causa exige que yo y mi criado nos refugiamos cuanto antes en la Boulevre. — Os juro, señor barón, que ningún asilo es más seguro que el que hallaréis entre nosotros. Además, no puedo permitir que os ausentéis sin daros antes una prueba de sincero aprecio. — ¡Malo! mur-

muró entre dientes Petit-Pierre. — Hablad, dijo Michel. — ¿Sois adicto á Enrique V.? — Sí. — ¿Mucho? — Mucho. — ¿Muy adicto? — Ya os lo he dicho. — Me lo habéis dicho y no dudo de ello, en prueba de lo cual voy á facilitaros un medio para probar esa adhesión de un modo brillante. — Seguid. — Estos valientes, dijo maese Jaime señalando á sus conejos, estos cuarenta perillanes que más parecen bandidos de Callot que honrados aldeanos, desean morir en defensa de nuestro jóven monarca y su heroica madre; y como desgraciadamente carecen de lo más preciso para lograr su objeto, pues no tienen armas para pelear, vestidos con que presentarse debidamente al combate, ni dinero para hacer más llevaderas las fatigas del campamento, no permitiréis, señor barón, que, para cumplir estos dignos servidores lo que consideráis como un deber, se expongan á todas las enfermedades, constipados y fluxiones pectorales que acarrea el rigor de las estaciones. — ¿Cómo queréis que les proporcione yo todo eso? — ¡Por Dios, señor barón! ¿Creéis por ventura que soy bastante torpe para fastidiar con tan prolijo cuidado á un hombre como vos? Nó por cierto: tengo aquí un buen servidor, señalando á Poca-Alegría, que os ahorrará esa molestia. Bastará que entreguéis el dinero necesario, y él cuidará de lo demás, mirando al propio tiempo por vuestros intereses. — Si no es más que eso, de mil amores, exclamó Michel con el ímpetu y la irreflexión propios de la mocedad y de las opiniones nacientes. — ¿Cuánto necesitáis? — ¡Bravo! ¡eso se llama hablar! ¿Os parece mucho pedir quinientos francos por cabeza? Ya comprenderéis que yo quisiera darles, no sólo un uniforme verde á semejanza del de los cazadores de Charrette, sinó también una mochila bien provista. Quinientos francos son poco más ó menos la mitad del precio que Luís Felipe paga por cada hombre que Francia le suministra, y creo poder afirmar sin encarecimiento, que cada individuo de mi partida vale por dos soldados de Luís Felipe. Ya véis que soy razonable. — Decidme con lisura cuánto exigís, y concluyamos. — Corriente. Mi partida consta de unos cuarenta hombres incluso algunos ausentes con licencia que deben volver á su puesto á la primera orden: total, veinte mil francos, una fruslería para un hombre tan rico como vos, señor barón. — Está bien; dentro de cuarenta y ocho horas tendréis los veinte mil francos, dijo Michel haciendo un ademán de despedida; os doy mi palabra de ho-

nor.—¡Quiá! ¡si no es eso, señor barón! Nosotros queremos evitaros toda molestia; en estos alrededores tendréis un amigo, un notario conocido que os adelantará la suma; no tenéis más que escribir un billetito urgente y muy atento, y uno de mis hombres lo llevará á su destino.—Con mucho gusto, venga recado de escribir y desatadme las manos.—El tío Alain va á daros papel y pluma.

En efecto, Poca-Alegría sacaba ya el recado, cuando Petit-Pierre adelantó un paso diciendo con firmeza:

—Detenéos, señor Michel, y vos, tío Alain, guardad vuestros avios, que eso no se hará.—¡Hola, hola! ¿Y por qué, señor criado? preguntó Jaime.—Porque se parece mucho á las hazañas de los bandidos calabreses para ejecutarlo unos hombres que se titulan soldados de Enrique V; porque además es una violencia, y no quiero tolerarla.—¿Vos, amiguito?—Sí, yo.—Si os tuviese realmente por lo que decís ser, os tratara como á un lacayo insolente; pero como creo que tenéis algún derecho al respeto debido á las mujeres, no comprometeré mi reputación de galante tratándoos á la baqueta. Por ahora pues me limito á advertiros que en lo sucesivo no os metáis en lo que no os atañe.—Sabed, señor mío, replicó Petit-Pierre con altivez, que me importa mucho que no uséis el nombre de Enrique V para cometer semejantes fechorías.—¡Cáspita! mucho os interesáis por los negocios de S. M., amiguito mío; ¿tendríais la bondad de decirme con qué derecho?—Alejad á vuestros secuaces y os lo diré.—¡Bueno, bueno! exclamó maese Jaime.

Y volviéndose en seguida á sus satélites, les dijo:

—Apartaos un poco, conejos. No era necesario, prosiguió en cuanto estos hubieron obedecido su orden; yo no tengo secretos para ellos; mas vos lo habíais pedido, y yo no sé negaros cosa alguna, ya lo véis. Ya estamos solos, despachad.

Petit-Pierre dió un paso hacia maese Jaime y dijo:

—Os mando que soltéis á ese joven; quiero que nos déis una escolta para acompañarnos á donde nos dirigíamos, y mandéis investigar á dónde se encuentran unos amigos que estamos esperando.—¡Mandáis y ordenáis! A fe mía, tortolilla, que habláis como el rey en su trono. Y si me niego, ¿qué diréis?—Que os haré fusilar antes de veinte y cuatro horas.—¡Oigan! Según eso, ¿tengo el honor de hablar con la señora regente del reino?—Con ella misma.

Al oír esas palabras maese Jaime prorrumpió en una grandísima carcajada, y los conejos se acercaron para participar de su alegría.

—¡Oíd, oíd, por vida mía, les dijo; no puedo más! ¡Es delicioso! Cuando tanto os admirasteis al ver entre nosotros al hijo de Michel dándose por el más ardiente partidario de Enrique V, estabais lejos de esperar la estupenda noticia que voy á comunicaros. ¿Sabéis quién es ese lindo aldeanillo que vosotros habréis tomado por lo que hayais querido, pero que á mi entender era la querida del señor barón? Pues sabed que somos unos insignes mentecatos: todos nos hemos equivocado, porque este misterioso mocito es nada menos que la madre de nuestro rey.

Tras esas palabras sonó en las filas de los desertores un murmullo de irónica incredulidad.

—Y yo os juro, exclamó Michel, que es verdad lo que acaban de deciros.—¡Magnífico testimonio por vida mía! exclamó á su vez maese Jaime.—Os afirmo.... interrumpió Petit-Pierre.—Nada, replicó maese Jaime, lo que yo os afirmo, hermosa dama errante, es que si dentro el término de diez minutos no ha tomado vuestro caballero el partido que le he indicado como el único capaz de salvarle, irá á hacer compañía á las bellotas que cuelgan sobre vuestras cabezas. Con que elija y despache: ó la talega ó la cuerda; si no tengo la una la otra no ha de faltarle.—¡Es una infamia! exclamó fuera de sí Petit-Pierre.—¡Así! gritó el jefe de la banda.

Adelantáronse cuatro hombres para cumplir la orden.

—Veremos, dijo Petit-Pierre, quien será bastante osado para tocarme.

Y como Polilla, sin hacer caso del majestuoso ademán y firme acento de Petit-Pierre seguía adelantándose, retrocedió este al contacto de aquella sucia mano, y quitándose á la vez sombrero y peluca, exclamó:

—¡Cómo! ¿No habrá entre tantos bandidos un soldado que me conozca? ¿Es posible que Dios me abandone á merced de semejantes malhechores?—No tal, dijo una voz detrás de maese Jaime, no faltará quien venga á decirle que su proceder es indigno de un hombre cuya escarapela es blanca, porque no tiene mancha.

Volvióse Jaime con la prontitud del rayo y apuntó una pistola al recién venido, al paso que todos los bandoleros le

asestaban sus carabinas. Berta, pues era ella, entró por debajo de una bóveda de hierro en el círculo que rodeaba á los prisioneros.

—¡La Loba! ¡la Loba! exclamaron algunos que conocían á la señorita de Souday.—¿A qué venís? la dijo á speramente el capitán de la cuadrilla. ¿Ignoráis acaso que no reconozco ni acepto la autoridad que se atribuye vuestro padre sobre mi partida ni quiero pertenecer á su división?—¡Punto en boca, bellaco! respondió Berta.

Dirigióse luego á Petit-Pierre, é hincando la rodilla dijo:

—Perdón os pido, señora, por esos hombres que os han ofendido y amenazado, teniendo vos tanto derecho á su respeto.—Por mi vida, contestó alegremente Petit-Pierre, que llegáis como llovida del cielo, pues nuestra posición empezaba á ser algo embarazosa. Ahí tenéis á un pobre mozo que indudablemente os debe la vida. Si hubieseis demorado un poco vuestra venida, estábamos perdidos, pues se hablaba nada menos que de ahorcarnos.—Ni más ni menos, exclamó Michel, á quien Alain acababa de desatar al ver el sesgo que tomaba el asunto.—Y habría sido tanto más sensible, añadió Petit-Pierre sonriendo y señalando á Michel, cuanto que ese mancebo me parece muy digno de que se interese por él una buena realista como vos.

Sonrióse Berta bajando los ojos.

—Por lo tanto, prosiguió Petit-Pierre, vos os encargaréis de pagar la deuda de gratitud que con él tengo contraída, y por vuestra parte no tomaréis á mal que, para cumplir lo que le he prometido, me atreva á decir á vuestro padre dos palabras sobre el particular.

Berta se inclinó, y al hacer este movimiento para besar la mano de Petit-Pierre, ocultó su rubor.

En esto maese Jaime, corrido de su yerro, se acercó balbuciendo algunas palabras para disculparse; y á pesar de la gran repugnancia que aquel hombre le inspiraba, Petit-Pierre comprendió que sería impolítico manifestarse algo más que resentida.

—Vuestras intenciones son quizá muy buenas, le dijo; pero vuestro proceder es inícuo, y puede acreditarnos de salteadores por el estilo de los antiguos compañeros de Jehú. Espero que en lo sucesivo variaréis de conducta.

Volviéndose en seguida, y como si para ella no existiese aquella gente, dijo á Berta:

—Contadnos cómo habéis venido hasta nosotros.—Vuestro caballo ha husmeado los nuestros, contestó la doncella, y al pasar por nuestro lado le hemos cogido, alejándonos luego apresuradamente, pues oíamos que la caballería le iba á los alcances; viendo el raro y significativo jaez con que iba adornado, comprendimos que le habíais soltado para huir, y entonces nos hemos dispersado citándonos para la Boulevre, en donde hemos empezado á buscaros. Al atravesar el bosque he visto luces y oído voces, y dejando el caballo por temor de que me descubriera algún relincho, hémecercado sin que nadie me viese ni oyese. Ya sabéis lo demás.—Bueno, respondió Petit-Pierre; si ahora maese Jaime quiere darme un guía... á la Boulevre, querida Berta, que me hallo rendida de cansancio, os lo confieso.

Berta inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

Maese Jaime dispuso que diez de los suyos precediesen á la comitiva para despejar el camino, en tanto que él con otros diez acompañaba á Petit-Pierre montado en el caballo de Berta. Dos horas después y cuando Petit-Pierre, Berta, y Michel acababan de cenar, el marqués de Souday se alegró muchísimo de encontrar en salvo al que llamaba él amiguito, si bien por más viva y real que fuese su alegría, á fuer de caballero del antiguo régimen la templaba con demostraciones de profundísimo respeto.

Aquella velada tuvo Petit-Pierre con el marqués de Souday una larga plática que Berta y Michel observaban con vivísimo interés, el cual subió de punto cuando entró Juan Oullier en el cortijo, pues acercándose entonces el marqués á los jóvenes, cogió la mano de Berta y dijo al barón:

—Petit-Pierre acaba de asegurarme que aspiráis á la mano de mi hija Berta, y aunque tal vez hubiese formado otros planes respecto de ella, lo único que me es dado contestar á sus graciosas instancias, es que después de la campaña mi hija os dará la mano de esposa.

Michel quedó anonadado cual si hubiese caído un rayo á sus piés.

Mientras el marqués ponía la mano de Berta en la del barón, este volvió el rostro á Mary como para implorar su auxilio; mas ella le dijo al oído estas terribles palabras:

—No os amo.

Agobiado de dolor y mudo de asombro, cogió Michel quinalmente la mano que el marqués le ofrecía.

IV

CÓMO SE VIAJABA EN EL DEPARTAMENTO DEL LOIRA INFERIOR
Á MEDIADOS DE MAYO DE 1832

A eso de las cinco de la tarde del mismo día en que acontecieron los referidos hechos en casa de la viuda Picaut, en el castillo de Souday, en la selva de Touvain y en el cortijo de la Bouleuvre, abrióse la puerta de la casa número 17 de la calle del Chateau-Arnault, dando paso al comisario civil Pascal, á quien hemos visto en el castillo de Souday, y á otro personaje de unos cuarenta años, rostro despejado é inteligente, nariz corva, dientes blancos, labios gruesos y sensuales, como suelen tenerlos las personas de imaginación; y á juzgar por su traje negro, su corbata blanca y su cinta de la Legión de honor, pertenecía á la magistratura: en efecto, era uno de los abogados más distinguidos de París, que llegó el día anterior á Nantes alojándose en casa de su colega el comisario civil, llevando en el vocabulario realista el nombre de Marco, uno de los de Cicerón. A la puerta de la calle estrechó afectuosamente la mano del comisario y subió á un carruaje allí parado, mientras el cochero, cual si supiese la ignorancia del abogado, preguntaba al otro:

—¿A dónde he de llevar al señor?—¿Ves aquel aldeano que está al extremo de la calle montado en un caballo tordo?—Sí, señor.—Pues síguete.

No bien hubo hecho el comisario esta indicación, cuando el del caballo tordo, cual si hubiese oído sus palabras, siguió por la calle del Chateau, y echó por la derecha para tomar la orilla del río que estaba á la izquierda. Al mismo tiempo arreó el cochero á su caballo, y el desvencijado vehículo empezó á saltar por el empedrado de la capital del departamento del Loira Inferior, en pos siempre y como pudo de su misterioso guía. Al doblar el coche la esquina de la calle del Chateau, el viajero volvióse al jinete, quien

sin mirar atrás se encaminaba al puente Rousseau, el cual atraviesa el Loira y lleva al camino de San Filiberto de Grandlieu; traspuso el puente y tomó el camino indicado, en tanto que el aldeano ponía su cabalgadura al trote corto para que el carruaje no quedase rezagado. Sin embargo, el aldeano nunca volvía la cabeza, y seguía su camino afectando tal indiferencia, que parecía, no sólo ignorar lo que tras sí pasaba, sino también la misión que debía desempeñar; de modo que hubo momentos en que el viajero creyó ser juguete de alguna burla. En cuanto al cochero, como no estaba en autos, no podía tranquilizarle; y como al preguntar al comisario civil: «¿A dónde vamos? éste le había contestado: Seguid al aldeano del caballo tordo, obedecia sin hacer por eso mayor caso del guía que el guía de él.

Después de dos horas de camino y al caer la tarde llegaron á San Filiberto de Grandlieu. El del caballo tordo hizo alto ante la posada de *la Santa Cruz*, apeóse, y, entregando la brida á un mozo, entró en el mesón. A poco se encontró en la cocina con el viajero, y haciendo como si no le conociera, con el mayor disimulo le puso en la mano un papelito. Pasó el viajero al comedor á la sazón desierto, pidió luz y una botella de vino, y antes de beber abrió el billete que decía: «Voy á aguardaros en la carretera de Legé; seguidme sin juntaros conmigo ni hablarme; el cochero se quedará en la posada con el carruaje.»

El viajero quemó el billete, escanciándose un vaso de vino en el cual humedeció los labios, y después de citar al cochero para la noche siguiente, salió de la posada sin que lo notara el mesonero ó á lo menos lo demostrase. Al llegar al extremo de la población, vió á su hombre sumamente atareado en cortar un palo de escaramujo, y cortado que fué, el aldeano siguió su camino desgajando las ramas. Marco le siguió cerca de media legua, y habiendo cerrado ya la noche, entró el aldeano en una casa solitaria situada á la derecha del camino. Apretó el paso el viajero, de modo que ambos penetraron en ella casi al mismo tiempo. Al llegar al dintel vió á una mujer en la pieza que daba á la carretera, y delante de ella al aldeano, que sin duda le esperaba. En cuanto le vió entrar, dijo á la dueña de la casa:

—Hay que acompañar á este caballero.

Y salió de la casa sin darle tiempo para mostrar su gratitud de ningún modo.

Siguióle el viajero con los ojos, miró con extrañeza á la dueña de la casa, y después de indicarle esta con un ademán que tomase asiento, continuó ocupándose en sus quehaceres sin dirigirle una palabra. Así trascurrió media hora larga y empezaba ya á impacientarse el viajero cuando entró el dueño de la casa, que sin dar el menor indicio de sorpresa ni curiosidad, le saludó con cortesía y buscó con la vista á su mujer, la cual le repitió puntualmente las palabras del guía:

—Hay que acompañar á este caballero.

Dirigióle el recién venido una de aquellas miradas rápidas, investigadoras y cautelosas, peculiares á los vendeanos; y recobrando luego su aspecto habitual, sencillo y bondadoso, adelantóse sombrero en mano y dijole:

—¿El señor desea hacer un viaje por la comarca?—Sí, amigo; desearía ir un poco más allá.—¿El señor trae seguramente sus documentos?...—Por supuesto.—¿En regla?—En cuanto cabe.—¿Con su nombre de guerra ó con su verdadero nombre?—Con mi verdadero nombre.—Dispensad, caballero; pero me veo en la precisión de pedirlos.—¿Es indispensable?—Sí, pues sólo después de verlos podré decir si os es dado viajar por el país sin impedimento de ninguna clase.

Entrególe el viajero su pasaporte fechado en 28 de febrero, tomólo el aldeano, observó si las señas eran exactas, y en seguida se lo devolvió diciendo:

—Está bien; con estos papeles podéis ir á donde os acomode.—¿Os encargáis de hacerme acompañar?—Sí, señor.—Desearía que fuese lo más pronto posible.—Voy á mandar que ensillen los caballos.

A los diez minutos volvió el campesino, y dijo:

—Ya están preparados los caballos.—¿Y el guía?—Os está esperando.

Salió el viajero y encontró á la puerta á un mozo de labranza montado, que tenía un caballo del diestro. Marco comprendió que eran su guía y su caballo, y en efecto, apenas tuvo aquel el pié en el estribo, su nuevo conductor se puso en camino, tan callado como el primero.

Eran las nueve, y la noche oscura como boca de lobo.

V

CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR

Después de hora y media de camino durante la cual el caminante y su guía no despegaron los labios, llegaron á la puerta de uno de aquellos edificios que tanto abundan en el país, y que son cortijo y quinta en una pieza. Detúvose el guía, y señalando al viajero que hiciese otro tanto, apeóse y llamó á la puerta. A poco fué á abrirles un criado.

—Ese caballero, le dijo el guía, desea hablar al señor.—Es muy difícil, respondió el criado; el señor está acostado.—¿Ya? dijo el viajero.

Aproximóse más el criado y añadió:

—El señor ha pasado la noche última en una cita y la mayor parte del día á caballo.—No importa, dijo el guía; es preciso que ese caballero le vea; viene de parte del señor Pascal y ha de hablar con Petit-Pierre.—Ya es otra cosa, respondió el criado; voy á despertar al señor.—Preguntadle si puede proporcionarme un guía de confianza; no necesito más.—No hará tal.—¿Qué hará pues?—El mismo os acompañará.

Tras esto volvió á entrar en la casa, y saliendo de ella al cabo de cinco minutos, dijo:

—El señor me encarga preguntaros si queréis tomar algo ó preferís continuar la marcha sin deteneros.—Como ya he comido en Nantes, prefiero continuar mi camino.

Ausentóse de nuevo el criado, y un momento después salió de la casa un joven. Este ya no era criado sino el amo de ella.

—En otras circunstancias, dijo, insistiría en rogaros que me hicieseis el obsequio de honrar mi techo un momento. Sin duda sois el sugeto llegado de París á quien espera Petit-Pierre.—El mismo, caballero.—¿El señor Marco?—Sí.—Partamos pues sin dilación, que os esperan con impaciencia.